

“¿Qué tiempos son estos  
en los que una conversación sobre árboles es casi un crimen  
porque incluye un callar sobre tantas fechorías?”  
Bertolt Brecht

“¿Qué tiempos son estos  
en los que una conversación  
es casi un crimen,  
porque incluye  
tanto dicho?”  
Paul Celan

“Hablemos de árboles”

Este es nuestro tiempo.  
“Palabras, palabras, palabras”.  
Modernidad tardía en la que,  
irremediablemente,  
Todo ha sido dicho.

Una y otra vez,  
una y otra vez,  
una y otra vez,  
hasta la extenuación,  
hasta el desaliento,  
hasta la desolación que acompaña cada palabra verdadera.

Y, sin embargo,  
como recuerda el filósofo,  
eso no quiere decir que no haya que decir la palabra,  
solo que decirla “es el callejón sin salida en el que hay que saber estar”.

Solo así puede ser entregada de nuevo la palabra  
al árbol,  
que viste sus hojas de un marrón macilento  
que hunde sus raíces en una tierra putrefacta  
que alimenta con su oxígeno al animal que lo tortura.

El árbol,  
que denuncia la miseria del final de los tiempos,  
despojado, arrasado, despreciado, quemado, explotado, torturado.  
Testigo mudo -¡pero grita!-  
de la tierra saturada por los purines de la humanidad toda  
y sus ganados estabulados, acumulados, aterrorizados y condenados a un sufrimiento perpetuado día  
tras día, vida tras vida, generación tras generación.

El árbol,  
víctima de la podredumbre de la Humanidad,  
desgarro callado alzado al cielo en nuestro nombre,  
retorcida raíz de nuestra vergüenza,  
rebelión encarnada contra la degradación de la tierra que se nos dio por herencia...

Así, pues, hablemos de árboles.  
De su gracia  
y de su cruz.

Porque en ellos reside nuestra miseria  
y la posibilidad  
-solo la posibilidad-  
de una esperanza  
en medio de esta oscura realidad nuestra.

“¿Que tempos son estes  
nos que una conversa sobre árbores é case un crime  
porque inclúe un calar sobre tantas atrocidades?”  
Bertolt Brecht

“¿Que tempos son estes  
nos que unha conversa  
é case un crime,  
porque inclúe  
tanto dito?”  
Paul Celan

Así, pois, aceptémolo...  
Este é o noso tempo.  
“Palabras, palabras, palabras”.  
Modernidade tardía na que,  
irremediabilmente,  
Todo foi dito.

Unha e outra vez,  
unha e outra vez,  
unha e outra vez,  
ata a extenuación,  
ata o desalento,  
ata a desolación que acompaña cada palabra verdadeira.

E, sen embargo,  
como lembra o filósofo,  
iso non quere dicir que non haxa que dicir a palabra,  
so que dicila “é o canellón sen saída no que hai que saber estar”.

So así pode ser entregada de novo a palabra  
á árbore,  
que viste as súas follas dun marrón macilento  
que afunde as súas raíces nunha terra putrefacta  
que alimenta co seu osíxeno ao animal que o tortura.

A árbore,  
que denuncia a miseria do final dos tempos,  
despoxado, arrasado, desprezado, queimado, explotado, torturado.  
Testemuña muda -¡pero grita!-  
da terra saturada polo xurro da humanidade toda  
e os seus gandos estabulados, acumulados, aterrorizados e condenados a un sufrimento perpetuado  
día tras día, vida tras vida, xeración tras xeración.

A árbore,  
víctima da podremia da Humanidade,  
desgarro calado alzado ao ceo no noso nome,  
retorcida raíz da nosa vergoña,  
rebelión encarnada contra a degradación da terra que se nos deu por herdanza...

Así, pois, falemos de árbores.  
Da súa graza

e da súa cruz.

Porque neles reside a nosa miseria

e a posibilidade

-so a posibilidade-

dunha esperanza

no medio desta escura realidade nosa.